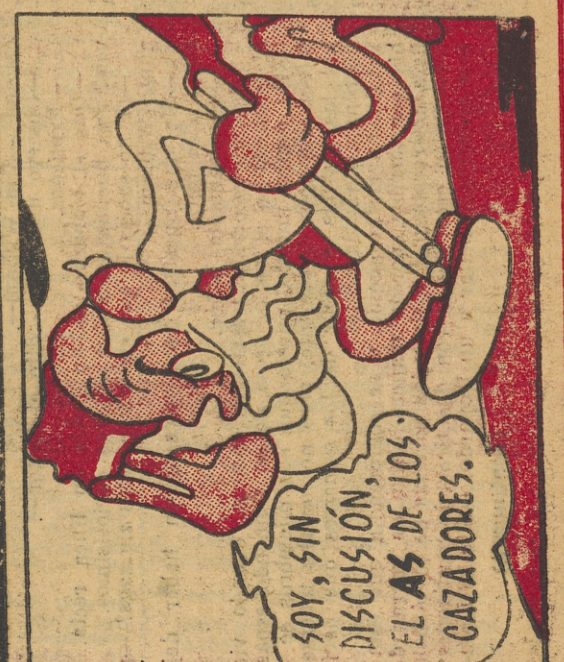
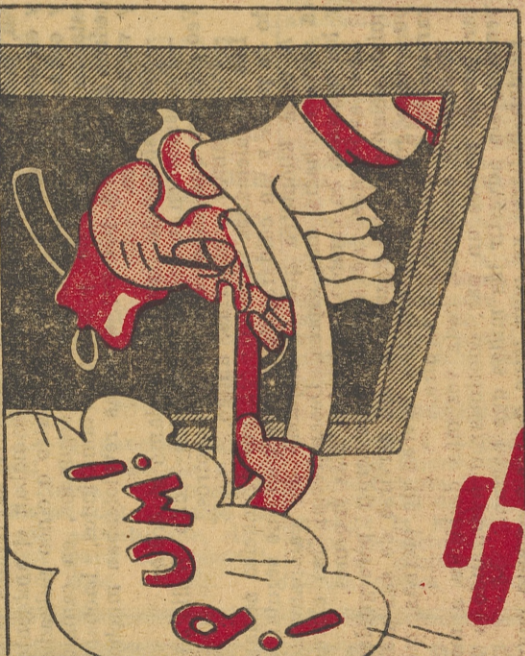
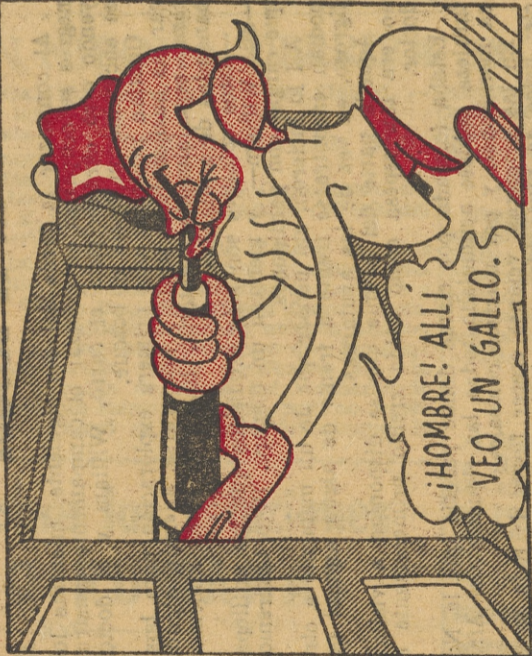
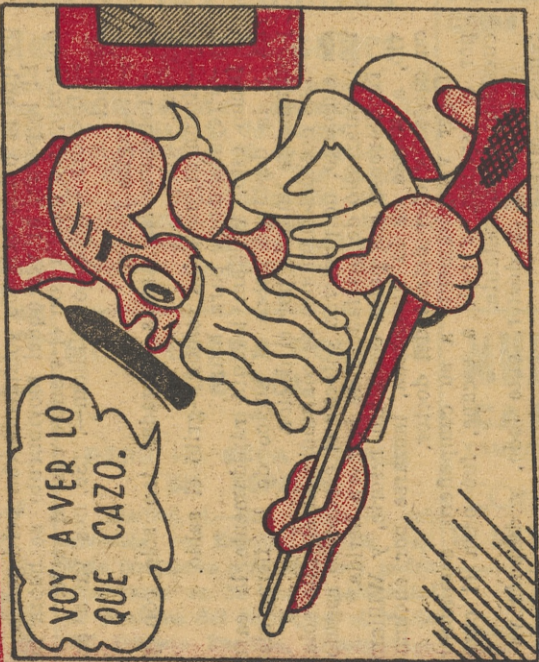


Las Cosas del **COSQUILLAS 4**



EL PEQUE *suplemento infantil de* **Jornada**

AÑO III • Valencia, 4 de febrero de 1943 • Número 63.



El PEQUE" -Abuelito ¿qué es que tienes el pelo de la cabeza blanco y el del bigote negro?
El ABUELO.-Porque el del bigote tiene dieciocho años menos.

(Remitido por Armando Sáez, de 13 años.—Caudete de las Fuentes.)

Colaboración INFANTIL



Francisco E. Ferrández (Gijón).—Mucho siento no poder complacerle por esta vez.

Leonor Sanjuán (Valencia).—Publicaré tus adivinanzas, que son muy saladas.

S. Rojo.—En este número verás publicada una de tus historietas.

Comisión Falla Infantil T. Tordesillas-Julio Antonio.—Recibidas vuestras fotos. ¿Pero no tenéis otras más claras? Si la tenéis, mandadla en seguida para su publicación.

Comisión Falla Plaza Portichets.—Las fotos vuestras, en mi poder, pero necesito una aclaración. Si pasáis por la Redacción de 12 a 1 cualquier día laborable y lo aclaráis, se publicará en seguida.

Jose Luis y Mill Espi (Godeña).—Vuestros dibujos me han gustado mucho, pero como no están hechos con tinta china, no los puedo publicar.

Juan Antonio Portolés (Valencia).—De tus columnas y párrafos aprovecharé uno, que muy pronto verás publicado.

V. Genovés.—Aprovecho un chiste.

Josmeti Martí (Valencia).—Supongo habrás visto publicado tu dibujo «Haciendo la hora» en el número 62 de EL PEQUEÑO. Te complaceré publicando también tu minuetiquita, pero sin los trajes recordables, ¿eh?

J. Palop.—No emplees para los originales que me vengas la tinta roja. Fúgete siempre a verme a la Redacción cualquier día laborable de 12 a 1.

Mariano Jalve (Quart de Poblet).—Enviaba todo lo que quisieras, pero dibujas con tinta china negra, amiguito.

Carlos Garriga.—Amigo Carlitos: ¿Por qué envías el laberinto en tinta roja? Se ha dicho muchísimas veces en esta sección que debes dibujar con tinta china negra.

Armando Sáez (Caudete de las Fuentes).—Ya lo creo que sirven tus chistes, simpáticos (¡pequeño!) Verás que en este mismo número se publica uno de los que mandaste, y nada



MANUEL NAVARRO GORRIZ.- 9 AÑOS VALENCIA



EMILIO NAVARRO 6 AÑOS - VALENCIA

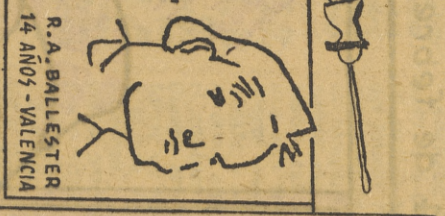


ALFREDO LUIS HUESO BURJAZOT.



J. PÉREZ 9 AÑOS VALENCIA

MARTÍN HERNÁNDEZ GALARRAZA 12 AÑOS - VALENCIA



R. A. BALLESTER 14 AÑOS - VALENCIA



RAFAEL SALA 9 AÑOS - VALENCIA



MARTÍN HERNÁNDEZ GALARRAZA 12 AÑOS - VALENCIA



RAFAEL BAÑULS 11 AÑOS - VALENCIA



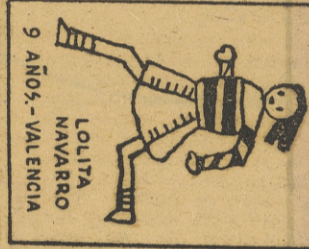
C. PÉREZ 11 AÑOS - VALENCIA



ROSITA SANCHIS 10 AÑOS - VALENCIA.



JORGE GARCÍA - CUENCA 11 AÑOS - VALENCIA



LOLITA NAVARRO 9 AÑOS - VALENCIA



ROSITA SANCHIS 10 AÑOS - VALENCIA.

En la playa

Un perro español a uno francés:—¿Qué te pasa que pones la cara tan triste?

—Que aquí todos dicen que vienen a da merd, y yo no veo un plato por ninguna parte.

Alejandro Garzarán, 13 años.—Valencia

LA JIRAFÁ BLANCA

CAPITULO XIV EN EL BOSQUE

Al comenzar la tarde del día siguiente, mientras los negros se ocupaban en reforzar el campamento construyendo otro kraal, para el carro, William y el doctor se encaminaron hacia el bosque.

Querían practicar una primera exploración para buscar las huellas de la jirafa y procurarse, además, alguna caza, especialmente volatería, habiendo visto inmensas bandadas de avutardas.

—Estos volátiles son más exquisitos que los antílopes —dijo William—, y merecen un disparo. Pero tendremos que cargar con perdigones.

Así lo hicieron, sin pensar que de un momento a otro podían encontrarse frente a frente de algún animal peligroso, en vez de las avutardas.

Aquella parte del bosque que se disponían a visitar, no era tan espesa como había creído primeramente el doctor.

Estaba formada por claras donde parecía que la Naturaleza hubiese acumulado todas las riquezas del África meridional, y por maticos colorados.

En las primeras, veíanse crecer flores de toda especie: lirios de nívea, blancura, tulipanes de vivos colores, jacintos y ruberrosas que embalsamaban el ambiente, y en segunda «pinas» ananas de cuatro o cinco pulgadas y cañas de azúcar silvestres; los segundos, en cambio, estaban formados de palmeras, tamayundos, babobabs, cedros grosismos, por cuyas ramas revoloteaban muchas y variadas aves.

—¡Qué espléndido bosque! —exclamó el doctor.—Pensemos en nuestras avutardas —dijo William.— Veo algunas que huyen delante de nosotros.

—Pues vamos a cazarlas, amigo. Los dos alemanes se internaron por el matico andando de prisa y sin cuidarse de la dirección que seguían.

A cada kilómetro que se alejaban del campamento, la selva se hacía más espesa. Desaparecían las claras, y los maticos, en cambio, se hacían más enormes.

Las avutardas, advirtiendo que eran perseguidas, huiran delante de los cazadores, sin servirse de sus alas, pues esas gordas aves son tan ligeras de piernas, que raramente se levantan en el aire.

William y el doctor, cada vez más decididos a matar por lo menos un par, continuaron avanzando a la ventura, sin advertir las milias que hacían.

Debian hallarse ya muy lejos del campamento cuando descubrieron por fin siete u ocho de aquellas aves escondidas en medio de un matorral. Dos cayeron en seguida bajo sus disparos; las otras huyeron, graznando.

Los dos alemanes estaban cargando las carabinas para perseguir a las fugitivas, cuando William hizo señal al doctor de que se detuviera.

—¿Hay más avutardas escondidas? —preguntó.—Lo supongo, doctor. ¿Tenéis cargada la carabina?

—Sí. —Preparaos a hacer fuego. En aquel momento llegó hasta ellos el rumor de un fuerte bosquezo.

—Este bosquezo no es de las avutardas! —exclamó William poniéndose ligeramente pálido.— ¿Qué tenemos delante de nosotros? ¡No es bromal!

Al tiempo que decía esto, abriéronse las ramas bajas del espesillo y apareció un enorme leopardo de pelambre moteado que, evidentemente, había echado una siesta bajo aquellas frescas frondas.

La fiera, a su vez, no menos sorprendida ante la presencia de los dos cazadores, permanecía inmóvil, indecisa, no sabiendo qué hacer.

William, para repeler el ataque, apuntó resueltamente su carabina, pero, al punto, la bajó, acordándose de que la había cargado solamente con perdigones.

El leopardo, al ver aquel movimiento, se había bajado tanto, que tocaba con el vientre casi al suelo.

—¡Doctor! —exclamó William—. ¡Se nos va a echar encima!

—Hagamos fuego.

—Tenemos las armas cargadas tan sólo con perdigones.

—Entonces, muertos somos —gritó el sabio.—Preparémoslos para huir.

Dicho esto, William levantó rápidamente la carabina y la descargó sobre el hocico de la fiera, siendo prontamente inhiado por el doctor.

Las dos detonaciones se continuaron en una sola, y sin embargo, no pudieron sofocar el espantoso rugido de rabia que salió de las fauces de la fiera herida.

Tendieronse sus patas como un resorte, y William la vio, a través de la humareda, lanzarse por encima de su cabeza y caer detrás del doctor.

Coger vigorosamente a su compañero, semiatontado por el espanto, y huir a escape, fué para el cazador cuestión de un instante.

—¡Salvemos al doctor, ante todo, y después ya veremos! —dijo—. De esta manera, dió unos treinta pasos, y, en seguida, no viéndose perseguido, se detuvo, cargando precipitadamente la carabina, pero esta vez, con bala.

—Párateme imposible que el leopardo no nos haya seguido —dijo—. ¿No viene detrás? —balbuceó el doctor.— Se ha detenido donde le encontramos.

—Tal vez habrá muerto de la perdigonada. —No es posible, doctor. El leopardo resiste a las balas cónicas, y más ha de resistir a los perdigones. Con todo, ¿queréis que vayamos a ver?

—¿Volver atrás? —Ya le he puesto una bala a mi carabina y, por lo tanto, no hay que temer.

—Preferiría que nos fuéramos más lejos. —Entonces, ¡vó solo! —No, William; os acompaño.

Los dos cazadores volvieron atrás paso a paso y no tardaron en dar con la pista de la fiera, que pudieron seguir fácilmente, pues las hierbas estaban cubiertas de grandes manchas de sangre.

Si no la hemos matado, cuando menos está mal herida. Se conoce que los perdigones eran de primera calidad —dijo William.— Observo una cosa —dijo el doctor.—

—Explicados. —Que el leopardo no ha huído en línea recta. ¿No veis? Sus huellas describen zig-zags curtosísimos. —¿Y no sabéis lo que significan estos zig-zags? —preguntó William.— Sí: que nuestros perdigones deben haber dejado ciega a la fiera.

—Precisamente, señor. —Habían recorrido trescientos metros, cuando vieron al leopardo en el suelo, presa de un tremendo espasmo. No estaba muerto, puesto que sus miembros se agitaban aún convulsivamente, pero no lograba tenerse sobre las piernas e pescar de los esfuerzos que hacía y disminuían rápidamente.

Estaba en la agonía y se comprendía que ésta debía ser terrible, por la manera cómo las garras de la fiera, destrozaban el suelo y las cortezas de los árboles.

Al-Babá y los 40 ladrones

En una ciudad de Persia, vivían los hermanos Cassim y Al-Babá. Cassim, que era hombre muy interesado, crió con una mujer que poseía una buena tienda. Mientras que Al-Babá, desposó con una joven sencilla que nada o muy poco le aportaría a su hogar. De esta manera, no tuvo otro remedio que ir todos los días al bosque con sus tres mulas, para cortar leña y con el producto de su venta atender las necesidades de su familia.

Estaba un día en su labor, cuando le pareció oír un lejano galope producido por muchos caballos. Al-Babá, que era prudente, como recordó la existencia de terribles bandas de ladrones, subióse a la copa del árbol más alto, para observar desde allí lo que ocurría.

Cuarenta hombres montados en soberbios caballos llegaron hasta el pie del enorme pino, y ocultada al leñador y descendiendo de sus monturas se dirigieron hacia una piedra de gran tamaño.

—¡Abrete, Sesamón!— dijo el que parecía el jefe. Y la roca giró hacia un lado, dejando paso libre a los cuarenta personajes.

Al-Babá quedó inmóvil por la sorpresa y aún pudo ver cómo salían los ladrones —pues no tenía duda de que lo eran— cerrándose la puerta al contorno de otras palabras pronunciadas por el capitán, que el leñador guardó bien en la memoria.

Cuando Al-Babá se sintió seguro, quiso hacer la prueba de abrir la puerta de la misteriosa cueva, lo que consistió pronunciando las mismas palabras que acababa de oír. Pudo ver los leñadores que en la cueva guardaban los de la cuadrilla y se apropió solitamente de algunos sacos de monedas de oro acopiadas que sus astros llevaron hasta su casa.

Al día siguiente Al-Babá, cediendo, brindándole la mitad de las monedas conseguidas, a cambio de guardar el secreto. Pero Cassim no se conformó con tan poco, y cuando conoció las palabras mágicas, se encaminó al monte seguido de diez poderosas mulas.

Todo le fue de perlas al ambicioso, y pudo penetrar en la gruta y admirar el tesoro.

Pero cuando salió con dos talegos llenos de monedas, olvidó de las palabras mágicas que le debían abrir la puerta y hubo de quedar se dentro, donde horas después aparecieron los ladrones y le dieron aleposa muerte, destruyendo su cuerpo.

Alarmóse su mujer por su tardanza, y acudió a casa de su marido. Y como el leñador recibió en seguida lo que había ocurrido, al día siguiente, con el alba, marchó hacia la cueva con sus tres mulas. Pronto supo que triste muerte de Cassim, pero no pudo hacer otra cosa que recoger sus miembros, y cargarlos en las alforjas.

Al día siguiente, con el alba, marchó hacia la cueva con sus tres mulas. Pronto supo que triste muerte de Cassim, pero no pudo hacer otra cosa que recoger sus miembros, y cargarlos en las alforjas.

Al día siguiente, con el alba, marchó hacia la cueva con sus tres mulas. Pronto supo que triste muerte de Cassim, pero no pudo hacer otra cosa que recoger sus miembros, y cargarlos en las alforjas.

Al día siguiente, con el alba, marchó hacia la cueva con sus tres mulas. Pronto supo que triste muerte de Cassim, pero no pudo hacer otra cosa que recoger sus miembros, y cargarlos en las alforjas.

Al día siguiente, con el alba, marchó hacia la cueva con sus tres mulas. Pronto supo que triste muerte de Cassim, pero no pudo hacer otra cosa que recoger sus miembros, y cargarlos en las alforjas.

Al día siguiente, con el alba, marchó hacia la cueva con sus tres mulas. Pronto supo que triste muerte de Cassim, pero no pudo hacer otra cosa que recoger sus miembros, y cargarlos en las alforjas.

Al día siguiente, con el alba, marchó hacia la cueva con sus tres mulas. Pronto supo que triste muerte de Cassim, pero no pudo hacer otra cosa que recoger sus miembros, y cargarlos en las alforjas.

Al día siguiente, con el alba, marchó hacia la cueva con sus tres mulas. Pronto supo que triste muerte de Cassim, pero no pudo hacer otra cosa que recoger sus miembros, y cargarlos en las alforjas.

Al día siguiente, con el alba, marchó hacia la cueva con sus tres mulas. Pronto supo que triste muerte de Cassim, pero no pudo hacer otra cosa que recoger sus miembros, y cargarlos en las alforjas.



de las caballerías, llenando de tales goles tales goles de monedas. Pero cuando salió con dos talegos llenos de monedas, olvidó de las palabras mágicas que le debían abrir la puerta y hubo de quedar se dentro, donde horas después aparecieron los ladrones y le dieron aleposa muerte, destruyendo su cuerpo.

que uniese los miembros de Cassim. Para que no se enterase de quien era el muerto ni de la casa en que había efectuado su trabajo, vendió los ojos antes de entrar en la calle. Y como la obra del rememador fue perfecta, una vez terminada, todo se redujo a cubrir un sepulchro y a fingir unos cuantos lloros y lamentaciones.

Los cuarenta ladrones, al ver que había desaparecido el cuerpo mutilado de Cassim, notaron la falta de las monedas que se llevaron. Al-Babá, y se prometieron encontrar al osado que se había atrevido a enfrentarse con ellos violando el secreto de su gruta, para encontrar una pista fuese uno de los cuarenta al pueblo, viendo a conocer al rememador de sus palabras para ofrecerle una moneda de oro, y venderle los ojos a fin de que intentase volver a la casa donde efectuó su macabra operación.

Hicieron así el rememador y fue tanto su interés en satisfacer al rico pregonero, que le dejó justamente delante de la casa de Al-Babá. Despidióse el ladrón, y para no olvidar la casa, hizo una señal en la puerta con un trozo de yeso.

Pero llegó Morgiana, y al ver la señal, hizo otras en las casas coniguas, rethiriéndose luego satisfecha. Cuando los cuarenta ladrones fueron a la casa de Al-Babá, quedaron desorientados con las señales hechas por Morgiana, y sus empuños frías. Y el que había hecho la primera señal, tuvo que quitarse la vida antes de irse.

Lo mismo sucedió a un segundo ladrón que le sucedió, en vista de lo cual, el capitán comprendió que sus hombres no eran buenos para misiones como aquella. Y el mismo se encaminó al pueblo y siguió los pasos del rememador, llegó a conocimiento de la casa, fijándose en ella atentamente, hasta convencerse de que no la confundiría entre mil que le mostraron.

Con tal conocimiento compró treinta y ocho tinajas y diez y nueve mulos, hizo colocar un ladrón con todas sus armas dentro de cada una de ellas y las cubrió a fin de que se creyeran que sólo contenían aceite. Y cuando se abrió la tinaja que le sobró, dirigióse a la morada de Al-Babá.

En esta mujer de recios y además tenía en mucha estima a Al-Babá. Llamó a un zapatero, y mediante la entrega de dos monedas de oro consiguió hacerle.

En esta mujer de recios y además tenía en mucha estima a Al-Babá. Llamó a un zapatero, y mediante la entrega de dos monedas de oro consiguió hacerle.

En esta mujer de recios y además tenía en mucha estima a Al-Babá. Llamó a un zapatero, y mediante la entrega de dos monedas de oro consiguió hacerle.

En esta mujer de recios y además tenía en mucha estima a Al-Babá. Llamó a un zapatero, y mediante la entrega de dos monedas de oro consiguió hacerle.

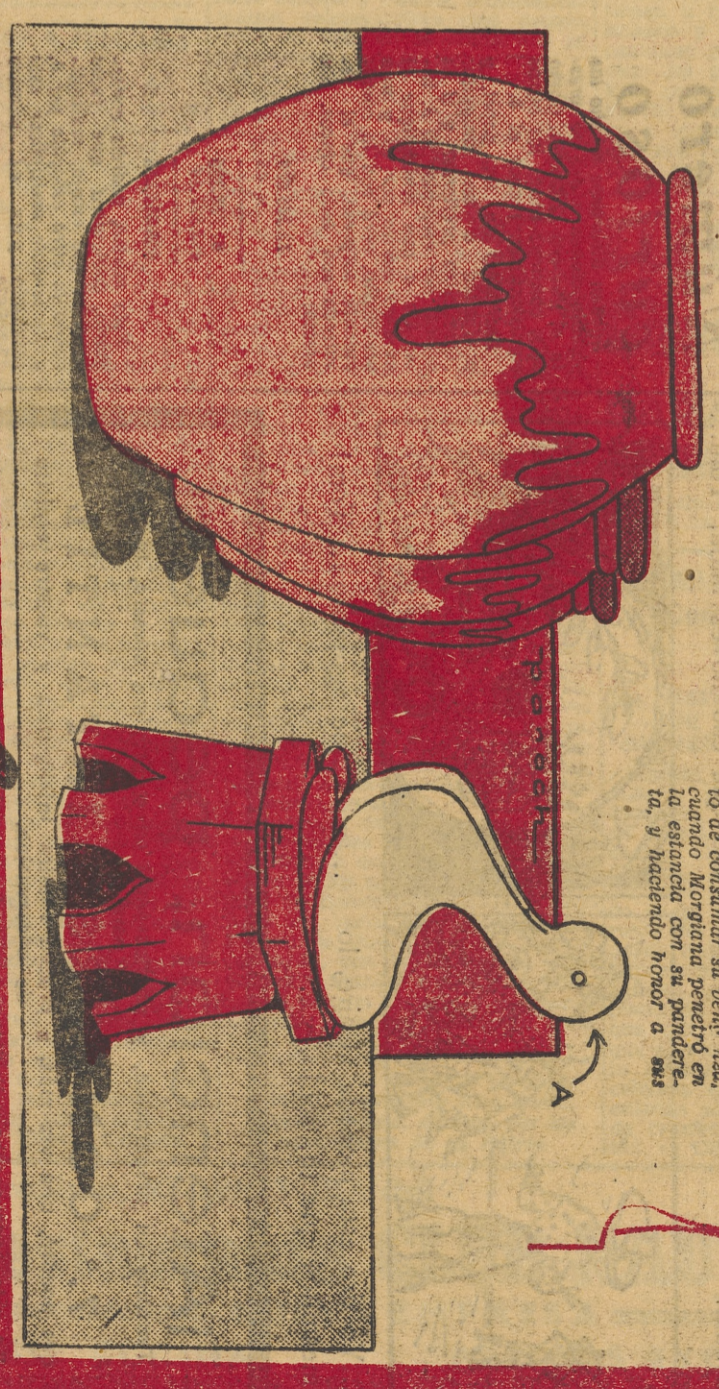
En esta mujer de recios y además tenía en mucha estima a Al-Babá. Llamó a un zapatero, y mediante la entrega de dos monedas de oro consiguió hacerle.

En esta mujer de recios y además tenía en mucha estima a Al-Babá. Llamó a un zapatero, y mediante la entrega de dos monedas de oro consiguió hacerle.

En esta mujer de recios y además tenía en mucha estima a Al-Babá. Llamó a un zapatero, y mediante la entrega de dos monedas de oro consiguió hacerle.

Instrucciones

Péguense las dos piezas sobre un cartón y recórtense cuidadosamente. Únense después con un alfiler haciendo coincidir los dos puntos señalados con la letra A. V. haciendo oscilar a derecha e izquierda la palanca que sostiene, la ilustración se desplazará moviéndose.



Cuento de "Las mil y una noches"

datos de danza. Y entonces des- cubrió "Al-Babá la verdadera personalidad del comediante, mostrando les que de nuevo les servía la vida. Y Al-Babá dio a Morgiana en matrimonio a su propio hijo, incorporando a su familia a aquella mujer que tan fiel les había sido siempre.

Mucho tiempo estuvo el capitán pensando en la forma de matar a su enemigo. Y al fin, creyó encontrarlo. Con varias piezas de tela que tenía, se fingió comerciante y se instaló delante de la tienda del hijo de Al-Babá. Entró en relaciones con él, se contó sus simpas- tías, y consiguió ser invitado a la mesa del antiguo leñador, que no le conocía.

Mas no sucedió lo mismo a Morgiana, que al ir a servir la comida se dio cuenta de que el comerciante y el mercader que un día se había matado a su amo, eran la misma persona.

Terminada la cena, la capitán acochaba el momento de consumar su venganza, cuando Morgiana penetró en la estancia con su pandero, y haciendo honor a sus

llegase la hora de consumar su venganza, los avisos se echaban unos plañerías de la hebra la primera señal, tuvo que quitarse la vida antes de irse.

Lo mismo sucedió a un segundo ladrón que le sucedió, en vista de lo cual, el capitán comprendió que sus hombres no eran buenos para misiones como aquella. Y el mismo se encaminó al pueblo y siguió los pasos del rememador, llegó a conocimiento de la casa, fijándose en ella atentamente, hasta convencerse de que no la confundiría entre mil que le mostraron.

Con tal conocimiento compró treinta y ocho tinajas y diez y nueve mulos, hizo colocar un ladrón con todas sus armas dentro de cada una de ellas y las cubrió a fin de que se creyeran que sólo contenían aceite. Y cuando se abrió la tinaja que le sobró, dirigióse a la morada de Al-Babá.

En su casa, para pasar la noche, y Al-Babá, que era hospitalario en extremo, ofrecióle un cuarto desahogado y le hizo sentir a su mesa. El capitán había advertido a sus hombres que cuando

llegase la hora de consumar su venganza, los avisos se echaban unos plañerías de la hebra la primera señal, tuvo que quitarse la vida antes de irse.

Lo mismo sucedió a un segundo ladrón que le sucedió, en vista de lo cual, el capitán comprendió que sus hombres no eran buenos para misiones como aquella. Y el mismo se encaminó al pueblo y siguió los pasos del rememador, llegó a conocimiento de la casa, fijándose en ella atentamente, hasta convencerse de que no la confundiría entre mil que le mostraron.